

REPENSANDO LA HISTORIA INTELECTUAL¹

Matthew Schneer²

La Historia Intelectual, durante las dos últimas décadas, ha sido objeto de un gran debate sobre su naturaleza, utilidad y futuro. Este debate puede ser parcialmente relacionado con la preeminencia que ha adquirido la Historia Social. Por ello, las limitaciones que se han hecho cada vez más evidentes en el análisis estadístico y estructural, característicos de la Historia Social, han afectado de la misma forma a la Historia Intelectual³.

Estos efectos incluyen objeciones a la validez de la Historia Intelectual como campo relevante de la experiencia humana y a los intentos de recrear la disciplina como una solución a tales objeciones. Estos reparos derivan del argumento esgrimido por los historiadores sociales de que el curso del desarrollo humano puede ser mejor explicado como un resultado de la interacción de las relaciones sociales más que como un logro del pensamiento de los individuos. Las diferentes respuestas se han planteado basadas vigorosamente en metodologías de otras disciplinas, en particular la sociología, la antropología, la psicología, la filosofía y la lingüística. Para los historiadores interesados en la confluencia entre los grupos y movi-

mientos sociales con los logros intelectuales, el replanteamiento de la forma y contenidos de la Historia Intelectual constituye una importante y potencialmente iluminadora perspectiva.

Antes de centrarnos en el examen de las objeciones a la Historia Intelectual, es útil delinear las características distintivas de la indagación histórica. Aunque esto será necesariamente una consideración simplista sobre un asunto delicado, nos permitirá establecer los parámetros para el debate sobre la Historia Intelectual. Lawrence Veysey, en un artículo titulado "Intellectual History and the New Social History", aporta una definición sugerente. El argumenta que los historiadores se distinguen por "una dominante preocupación por la temporalidad" y "una preocupación básica por entender las diferencias e irregularidades en los procesos de cambio"⁴. Como resultado de este énfasis en los procesos de cambio, los historiadores no están interesados en un evento, persona o idea como entidad singular sino, por el contrario, en ello como parte de un proceso. Es así que el proceso se constituye en el objetivo esencial de la disciplina histó-

1 Traducción: Germán R. Mejía Pavony, Departamento de Historia y Geografía, Facultad de Ciencias Sociales, Pontificia Universidad Javeriana.

2 Historiador, Candidato al Doctorado en la State University of New York.

3 Ver Lawrence Stone, "The revival of narrative: Reflections on a New Old History," *Past and Present*, 85(Nov, 1979), págs. 3-24.

4 Paul Conkin and John Higham, eds., *Wingspread Conference on New Directions in Intellectual History*.

rica. Además, para evitar la acusación de estar preocupados únicamente por las antigüedades, el propósito del historiador es establecer la importancia y significación de su objeto de estudio en el amplio horizonte del desarrollo humano.

Las impugnaciones a la validez de la Historia Intelectual están directamente relacionadas con esta noción de la historia como estudio sistemático del cambio y la continuidad en áreas relevantes de la experiencia humana. Como subdisciplina de la Historia, la inferencia fundamental de la Historia Intelectual debe ser, entonces, que ella puede proveer un acertado análisis de los orígenes y efectos de las ideas, y que ellas constituyen un factor básico en el desarrollo de los eventos humanos. Por ello —tomando un ejemplo en el que la relación entre lo social y lo intelectual es fácilmente discernible— un estudio proyectado sobre el pensamiento socialista ruso de Herzen a Lenin, debe ser establecido sobre la creencia de que él ayudará a entender cómo ocurrió la Revolución de Octubre en Rusia y cuál fue la naturaleza de esta revolución. No todos los objetos de estudio de la Historia Intelectual tienen esta clara relación a los momentos políticos y a los eventos sociales, además de que no necesariamente los deben tener. Sin embargo, la Historia Intelectual debe establecer alguna conexión, directa o indirecta, entre los pensadores y sus ideas con el curso general de la historia.

Tradicionalmente, la Historia Intelectual ha sido un aislado campo de estudio. Tres formas generales de aproximación a su estudio la han dominado. Algunos historiadores se han concentrado en un texto o colección para discernir el mensaje fundamental. Otros han expandido su enfoque para buscar las influencias o conexiones entre pensadores. Un último grupo enfatiza la universalidad de una idea y por ello busca su origen y desarrollo en el tiempo a través de diversos autores.

El elemento común en estas tres de hacer Historia Intelectual es su énfasis en el texto, ideas o autores como entidades singulares y no como parte de procesos sociales. Esta singularización es el punto de partida para la mayoría de los críticos de la Historia Intelectual. Es por ello que no sorprende que uno de los elementos más característicos de las recientes producciones de la Nueva Historia Intelectual sea el rescate en ella del énfasis en los procesos históricos.

Mientras que la Historia Intelectual ha sido criticada desde fuera, algunos de los más importantes replanteamientos han surgido desde su interior. Uno de las más importantes ejemplos de esto último brota del trabajo de dos ingleses, Quentin Skinner y J.G.A. Pocock. Estos dos historiadores han encontrado la metodología predominante inadecuada para lograr acertados análisis de los intelectuales y sus ideas. En respuesta a esta deficiencia, Skinner y Pocock han postulado una metodología alternativa fundada en el estudio del lenguaje. Skinner es pionero en este campo, además de haber desarrollado una de las más detalladas críticas de la Historia Intelectual. Su trabajo es, por lo tanto, un lógico elemento para comenzar el examen de los replanteamientos internos a la Historia Intelectual.

La crítica de Skinner está claramente expuesta en un artículo titulado "Meaning and Understanding in the History of Ideas"⁵. El artículo se centra en lo que Skinner establece como asunto básico para el historiador de las ideas: los procedimientos apropiados que deben ser adoptados para lograr una comprensión del trabajo⁶. El identifica dos aproximaciones ortodoxas a este asunto, la contextual y la textual, las cuales fallan en proveer una respuesta adecuada. Aún más, Skinner argumenta que a través de la crítica de las ortodoxias dominantes el método apropiado para revitalizar este campo de estudio se hará manifiesto⁷.

5 Quentin Skinner, "Meaning and Understanding in the History of Ideas", *History and Theory*, 8(1969).

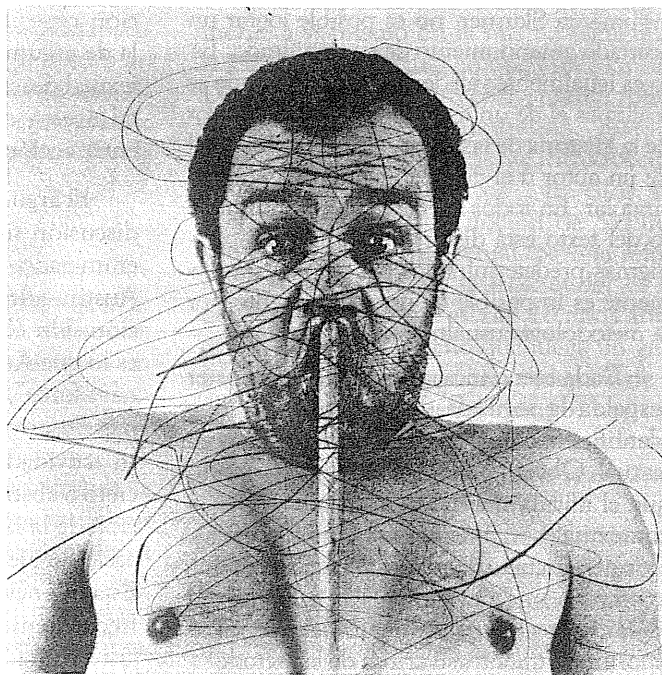
6 Skinner, "Meaning", pág. 3.

Por esta razón, un examen detallado de la crítica elaborada por Skinner será doblemente útil.

Skinner dedica la mayor parte de su artículo a la más tradicional de las ortodoxias, la textual. El incluye en este grupo variadas aproximaciones, las cuales coinciden en su implícita afirmación de que en relación con el contexto social el "texto es autónomo"⁸. Más que aseverar que el trabajo de los intelectuales es un reflejo, consecuencia o determinante de su sociedad, la preocupación de esta escuela es por las ideas universales y los elementos atemporales que están presentes en un texto o textos dados. La dificultad con esta aproximación, argumenta Skinner, surge no de la afirmación de la existencia de ideas universales sino de los procedimientos para identificarlas y analizarlas. Con el objeto de entender nueva información o datos, nosotros utilizamos "marcos de referencia" derivados de nuestra propia experiencia. Por ello, inevitablemente

estos modelos y preconceptos, con base a los cuales ineludiblemente organizamos y ajustamos nuestra percepción y pensamientos, actúan como determinantes de lo que pensamos y percibimos. Nosotros debemos clasificar para entender y nosotros sólo clasificamos lo desconocido en términos de lo conocido⁹.

Por ello, mientras que el alegado reclamo de la historia textual es por la auto-



Arnulf Rainer. "Sin título" (1974). Tomado de "Lo fantástico y lo grotesco en el actual arte gráfico austriaco".

mía del texto, la interpretación del mismo está determinada en gran forma por las expectativas del historiador. El resultado, afirma Skinner, son estudios que deben "ser clasificados no como historia sino como mitologías"¹⁰.

Skinner procede a discutir con algún detalle las más sobresalientes de estas mitologías,⁹ incluyendo la de las doctrinas, la de la coherencia, la de la prolepsis, la del parroquialismo y sus respectivos derivados. Sin embargo, lo que nos compete aquí no es lo específico de estas variadas mitologías sino los elementos que las definen como tales, esto es, su naturaleza ahistórica. Si no se consi-

7 Skinner, "Meaning", pág. 4.

8 Skinner, "Meaning", pág. 3.

9 Skinner, "Meaning", pág. 6.

10 Skinner, "Meaning", pág. 7.

dera el texto dentro del medio en el cual nace, argumenta Skinner, no es posible lograr un acertado entendimiento de su significado. Esto es igualmente valedero si el examen que se realiza es el de un texto en un estudio mayor de la Historia de las Ideas, o el de la obra total de un autor o el del texto como una entidad singular. En todos los casos, el entendimiento del texto está distorsionado por los paradigmas predeterminados del autor o simplemente es imposible de un acercamiento por la metodología usualmente empleada.

Dada esta crítica, parecería que Skinner respalda la segunda de las ortodoxias que identifica al comienzo de su artículo, la contextual. Obviamente, este no es el caso dado que el afirma que tanto la textual como la contextual son metodologías inadecuadas. Skinner encuentra la aproximación contextual como una herramienta deficiente para lograr un real entendimiento del texto. Desafortunadamente, su crítica de la metodología contextual es limitada en extensión y difícil de entender, debido a su fuerte apoyo en terminología filosófica contemporánea y por distinciones que reclaman una mayor explicación de la que Skinner provee en su artículo. Sin embargo, es posible discernir la "intención"¹¹ de Skinner hasta un punto aceptable para nuestros propósitos.

La crítica principal de Skinner a la aproximación contextual es que ella trata "el contexto... como determinante de lo que es dicho"¹². El resultado, en su extremo, ha sido "atemorizar al historiador de las ideas con la sospecha de que su objeto de estudio realmente puede no existir después de todo"¹³. Estamos ahora claramente en el punto central del debate con el cual comenzamos, la impugnación presentada por la Historia Social a la Historia Intelectual. La intención de Skinner, sin duda, es la de preservar la autonomía de la Historia

de las Ideas. Sin embargo, la afirmada intención no es la de proteger la disciplina sino la de argumentar que la aproximación contextual descansa sobre "un error fundamental acerca de la naturaleza de la relación entre acción y circunstancia"¹⁴.

El argumento de Skinner deriva de una discusión filosófica sobre la naturaleza del enunciado. Fundado en el trabajo de J.L. Austin, afirma que el enunciado es una acción. Un elemento esencial de cada acción es lo que Austin denomina como "illocutionary force", o intención de la fuerza. Mientras desarrolla una acción, el agente dirige su actividad hacia un objetivo, sea este concreto o abstracto. En otras palabras, la intención de la fuerza es cómo el agente dirige su acción a afectar el receptor de dicha acción. Esta intención es distinta de aquella a la que frecuentemente referimos como intención antecesora. Esta última, afirma Skinner, puede ser vista como una causa y puede ser discernida a través del examen del contexto social en conjunción con el texto, de allí que revele el "significado" de la acción. Sin embargo, con frecuencia puede ser revelado un número de significados alternativos sin que pueda aparentemente distinguirse entre ellos. Por lo tanto, mientras que la aproximación contextual puede ayudar en el discernimiento del significado de un texto, ella no permite por sí misma entender el texto. Con el objeto de lograr esto último es necesario develar la intención de la fuerza presente en el texto, o lo que un autor estaba haciendo cuando lo escribía.

El problema obvio aquí es cómo develar la intención de fuerza que define el texto. Skinner es bastante breve sobre este asunto, pero al menos provee con una guía general. El primer paso, según Skinner, es

11 Skinner utiliza el término intención para denotar algo muy específico, el cual se clarificará más adelante. Ver, Skinner, "Meaning", págs. 6-7.

12 Skinner, "Meaning", pág. 49.

13 Skinner, "Meaning", pág. 42.

14 Skinner, "Meaning", pág. 42.

*delinear el rango completo de la comunicación, la cual pudo ser convencionalmente desarrollada en una ocasión específica por el estilo del lenguaje dado, y luego trazar las relaciones entre el lenguaje dado y el más amplio contexto lingüístico como una manera de decodificar la intención del escritor*¹⁵.

Como se indicó anteriormente, Skinner propone el estudio del contexto lingüístico en lugar del contexto social. Aun más, este contexto no debe ser tratado como un determinante para la acción sino como "un marco de referencia esencial para ayudar a decodificar los significados convencionalmente reconocibles, en una sociedad de la clase en la cual se comunica, que pudieron en principio ser posibles para alguien en su intención de comunicarse"¹⁶.

En la abstracto, la formulación de Skinner de una metodología para la Historia Intelectual aparece prometedor e innovadora. Sin embargo, sus sugerencias para seguir esta metodología son vagas en el mejor de los casos e inasequibles en el peor. Como lo anota al menos una de las críticas a Skinner, es una tarea ingente descubrir la intención a través de delinear el rango completo de significados posibles de un enunciado dado¹⁷. Aún más, su aproximación parece dejar poco campo para la complicada naturaleza de las intenciones del autor, incluyendo aquellas que son inconscientes o tal vez irracionales. Finalmente, en la metodología propuesta por Skinner no hay posibilidad de incorporar innovaciones. En síntesis, a pesar de la crítica incisiva de Skinner, su propuesta es una guía desilusionante para la reformulación de una Historia Intelectual viable.

J.G.A. Pocock se coloca conscientemente a sí mismo en la misma escuela de la Historia Intelectual en que está Skinner. De hecho, le coloca un conveniente rótulo a esta escuela, denominándola "historia del discurso" en una reciente introducción a una colección de ensayos¹⁸. En ellos, Pocock comienza con la noción de Skinner sobre la Historia Intelectual, pero la refina y, de varias maneras, la trasciende. El artículo de Skinner fue escrito 16 años antes que el de Pocock, hecho que juega un gran papel en sus divergencias. Además de la obvia razón del paso del tiempo, hay una gran diferencia en lo que se entiende por "intención de la fuerza" entre sus ensayos. Skinner estaba escribiendo desde la perspectiva de un ataque a las tradiciones establecidas, por ello su esfuerzo se centra en desacreditarlas. Para el momento en que Pocock escribió su ensayo, la escuela de "la historia del discurso" si bien no era la dominante al menos sí era una aproximación establecida en el medio. Por ello, Pocock pudo concentrarse en la propia metodología más que en los problemas de las otras historias intelectuales. Comparado con las anteriores, el ensayo de Pocock provee una explicación mucho más completa de la "historia del discurso", llena mucho de los vacíos dejados por Skinner y, además, indica algunas limitaciones de esta escuela.

Lo más notable del ensayo de Pocock es que explica lo que se quiere decir por "contexto lingüístico", la forma como este funciona en conjunto con el contexto socio-político para dar forma o definir el significado de los textos y, finalmente, los pasos que debe seguir un historiador para develarlo del todo. Pocock argumenta que cada escritor opera dentro de un discurso

15 Skinner, "Meaning", pág. 49.

16 Skinner, "Meaning", pág. 49.

17 En relación con las críticas a Skinner ver, Lotte Mulligan, Judith Richards and John Graham, *Intentions and Conventions: a Critique of Quentin Skinner's Method for the Study of the History of Ideas*, *Political Studies*, XXVI:1(1979):84-99; and, Bhikhu Parkh and R.N. Berki, "The History of Political Ideas: a Critique of Q. Skinner's Methodology", *History of Ideas*, XXXIV:2(April-June 1973):163-184.

18 J.G.A. Pocock, *Virtue, Commerce and History: Essays on Political Thought and History Chiefly on the Eighteenth Century*, Cambridge: Cambridge University Press, 1985, pág. 2.

dirigido por un lenguaje o lenguajes particulares. Estos lenguajes, dice Pocock, "presentarán información selectivamente como relevantes a los procedimientos y características de lo político, además de influir en la definición de los problemas políticos y valores de cierta forma y no de otra"¹⁹. Por lo tanto, el lenguaje utilizado en un texto ayuda a dar forma tanto al asunto de que trata como al significado del mismo.

Los problemas de interpretación surgen por la multiplicidad y diversidad de lenguajes involucrados en un texto dado. Un historiador debe, por lo tanto aprender a leer y reconocer los diversos lenguajes del discurso político tal y como ellos están disponibles en la cultura y en el tiempo que él está estudiando: identificarlos como ellos aparecen en la textura lingüística de cada uno de los textos y saber cómo, de manera ordinaria, ellos posibilitan al autor del texto para lo que propone hacer o decir²⁰.

Para ser capaz de delinear estos varios lenguajes, el historiador se debe sumergir en la literatura relevante y, a través de ello, en dichos lenguajes. Sin embargo, el historiador no los debe imitar pasivamente en sus escritos, sino utilizar lo que Pocock denomina "paralenguaje... diseñado para explicar lo implícito y presentar la historia del discurso como una clase de diálogo entre su intención y potencialidades, de manera que lo que no siempre fue dicho lo sea (por el historiador)"²¹. Teniendo dominio de los lenguajes, el historiador puede explicar el texto centrándose en la interrelación de los actos particulares del habla utilizados por el autor (verbal) y el contexto lingüístico (lengua). El historiador comienza a "observar lo verbal desarrollado sobre el lenguaje, sobre las

convenciones e implicaciones del lenguaje, sobre otros actores y usuarios de los lenguajes, sobre actores en cualquier otro contexto cuya existencia pueda haber influido al autor, y posiblemente sobre esos mismos contextos"²². Mediante la creación de nuevos lenguajes y el uso creativo de los viejos, argumenta Pocock, un autor afecta y refleja la innovación social y lingüística.

Pocock, por lo tanto, rechaza la noción simplista del lenguaje como un reflejo de la experiencia. Cada lenguaje hace necesariamente referencia a un conjunto particular de experiencias, pero el lenguaje no puede ser visto como un simple resultado. Al contrario, afirma Pocock, el lenguaje "interactúa con la experiencia; el provee las categorías gramaticales y mentalidad a través de las cuales la experiencia puede ser reconocida y articulada"²³. Realizando esto, el lenguaje es no sólo afectado por el contexto político-social, sino también ayuda a dar forma y alterar dicho contexto. Aún más, en la medida en que el lenguaje es reflejo de la sociedad, el es de hecho una entidad autoreflejante, porque "la respuesta a nuevas experiencias toma la forma del descubrimiento y discusión de nuevas dificultades en el lenguaje"²⁴. Finalmente, la mutación del lenguaje como respuesta a la experiencia no es sólo afectada por el presente sino que simultáneamente interactúa con las experiencias del pasado. El lenguaje reacciona al presente a través de modismos, convenciones y experiencias del pasado. Al final, Pocock caracteriza "la relación entre lenguaje y experiencia como diacrónica, ambivalente y problemática"²⁵.

Además de explicar el contexto lingüístico y su relación con el contexto social, Pocock avanza sobre la definición de Historia

19 Pocock, *Virtue*, pág. 8.

20 Pocock, *Virtue*, pág. 9.

21 Pocock, *Virtue*, pág. 11. El paréntesis es mio.

22 Pocock, *Virtue*; pág. 11.

23 Pocock, *Virtue*, pág. 28. Ver también pág. 12.

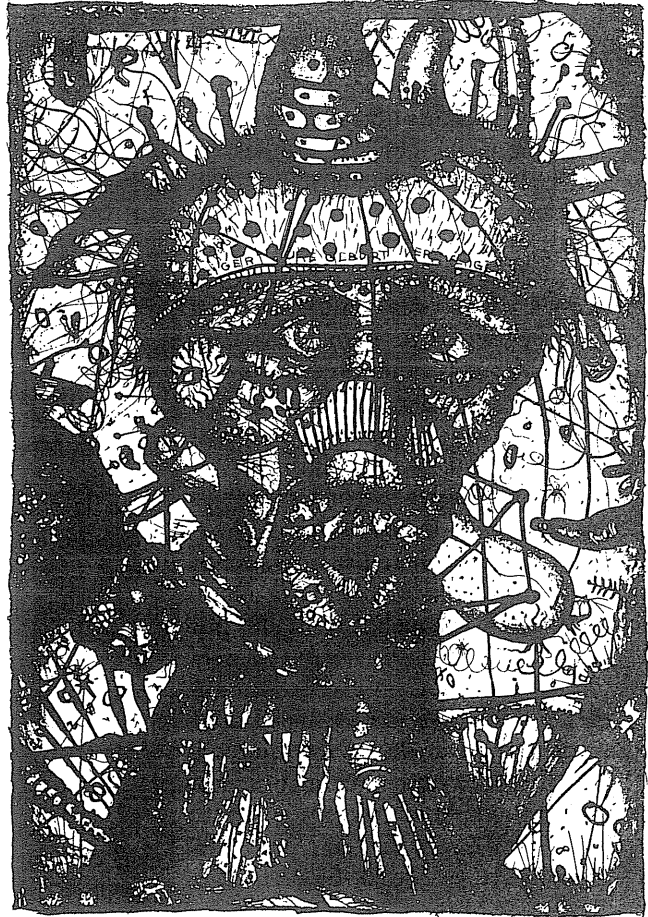
24 Pocock, *Virtue*, pág. 29.

25 Pocock, *Virtue*, pág. 29.

Intelectual establecida por Skinner al denominarla "historia del discurso". De manera general, esto es importante por su reforzamiento del concepto histórico de proceso. De manera particular, usando esta denominación, Pocock indica que el objeto de estudio para el historiador no termina con la última frase del autor en un texto, sino que incluye respuestas a dicho texto. En esto estamos claramente trascendiendo la noción de intención expuesta por Skinner. Mientras que el autor original ayuda a dar forma a las respuestas, en la medida en que son reacciones a su texto, no puede controlar esas reacciones. En este sentido, la versión de Pocock es un avance importante pues nos hace superar el limitante punto focal de las intenciones.

Sin embargo, Pocock también introduce una autoimpuesta limitación que es preocupante. Afirma que el historiador del discurso está solamente interesado con las respuestas escritas al texto. El excluye explícitamente tanto las respuestas políticas pragmáticas como las de la "silenciosa y desarticulada mayoría"²⁶. Mientras que él reconoce la validez de estudiar la historia de las mentalidades, Pocock sostiene que es una tarea totalmente diferente. Esto se debe, parcialmente, a la innegable dificultad de develar tales respuestas. Todavía más, existe una razón aún más importante por lo que Pocock excluye las respuestas no escritas. El argumenta que mediante el

trabajo por medios escritos, un escritor intenta afectar sólo aquellas cosas que son parte de tal medio. No sólo nos retrotrae a las dificultades de las intenciones sino que es preocupantemente erróneo. Es incomprensible que Pocock, interesado en la historia del discurso político, afirme que un autor de folletos políticos no tiene intención de influir sobre el desarrollo político y social. Mientras que no es necesario para todos los historiadores del discurso preocuparse por las consecuencias, reacciones o efectos de los textos sobre la estructura política o gru-



Arnulf Rainer. De la carpeta "Cave Canem" (1950). Tomado de *Lo fantástico y lo grotesco en el actual arte gráfico austriaco*.

26 Pocock, *Virtue*, pág. 18. Ver también pág. 14.

pos sociales, no parece haber razón para excluir tal posibilidad. Por lo tanto, es justo esta posibilidad la que más claramente incorpora el impacto potencial de la Historia Intelectual en la disciplina histórica como un todo.

En el párrafo final de su ensayo, Pocock presenta una segunda autoimpuesta limitación de la historia del discurso. Las implicaciones de este pasaje son tan incongruentes con su argumentación general que es necesario reproducirlo en extenso. Luego de discutir la naturaleza del "Whig Britain" (liberal británico) —asunto principal de la colección de ensayos— Pocock argumenta que la historia del discurso es por su naturaleza lo que nosotros conocemos como "Whig history" (historia liberal). Esta es una historia de declaraciones y respuestas hechas por agentes relativamente autónomos. La historia del discurso no es una historia moderna de la consciencia organizada alrededor de polos tales como la represión y la liberación, la soledad y la comunidad, falsa consciencia y esencia de humanidad (*species being*). Mira a un mundo en el que el narrador puede formular su propio discurso y las declaraciones no pueden determinar totalmente la respuesta. El mundo de los historiadores está poblado por agentes responsables aun cuando sean sobornables o paranoicos, y puede tomar distancia de ellos como sus iguales, distinguiendo la narración de sus actos de aquellos realizados por él mismo. Escribir historia de esta manera es ideológicamente liberal y él debe admitirlo; él está presuponiendo una sociedad en la que cada uno puede declarar y otro replicar desde un punto diferente al primero. han existido y todavía hay sociedades en las que esta condición se realiza en grados diferentes, y estas son las sociedades en las que el discurso tiene historia²⁷.

Pocock, por lo tanto, limita los alcances de la historia del discurso a sociedades que son liberales y abiertas políticamente. Al ha-

cer esto, él elimina de toda consideración a la mayoría de las sociedades que han existido en el pasado y ahora. Esta exclusión es innecesaria. Ciertamente, un historiador puede encontrar dificultades en aproximarse a una sociedad represiva, pero esto se puede deber a la clase de lenguaje hecho necesario por la represión. En el siglo XIX ruso, muchos intelectuales hicieron uso de fábulas en discursos públicos, utilizando parábolas para criticar la sociedad contemporánea, por lo tanto creando la posibilidad del discurso. Es precisamente la tarea de decodificar lenguajes usados en tales discursos, lo que Pocock establece como misión de la historia del discurso. Es la alusión negativa de Pocock a la "moderna historia de la consciencia" lo que claramente hace referencia a la influencia marxista en la historia y simplemente refuerza su autoproclamado prejuicio liberal. Mientras que él cree que es un prejuicio aceptable, y aún el único aceptable, esto es de hecho una incursión desafortunada de los paradigmas políticos contemporáneos dentro de la indagación histórica, lo que precisamente fue condenado tanto por Pocock como por Skinner.

A pesar de estas dos autoimpuestas limitaciones, la historia del discurso, tal y como la presenta Pocock, es un promisorio camino para revitalizar la Historia Intelectual. Centrándose en el discurso como proceso, los riesgos del ahistoricismo son evitados. Enfatizando la compleja naturaleza de la relación entre la lingüística y los contextos socio-políticos, la historia del discurso se ve liberada del determinismo, así como de su contraparte, la escuela histórica del "gran hombre". Sin embargo, mientras la historia del discurso hace clara la importancia del lenguaje y de su papel en el diálogo político que acontece, ella no indica adecuadamente cómo funciona el lenguaje: qué es lo que cuenta para tener la habilidad, o la falta de ella, por parte de un autor o texto para persuadir? Este asunto toma una gran

27 Pocock, *Virtue*, pág. 34.

importancia si lo que le concierne a uno va más allá de la interrelación entre intelectuales para incluir sus relaciones con diferentes grupos sociales.

Una de las mejores guías para examinar el funcionamiento del lenguaje como fuerza persuasiva, se encuentra en el trabajo del antropólogo Clifford Geertz, lo que además ilustra la importancia de las contribuciones interdisciplinarias. Geertz discute este asunto en su artículo "Ideology as a Cultural System" (La ideología como sistema cultural). Aunque no es tema del artículo el lenguaje como tal, pues lo que busca es una "genuina concepción no evaluativa de la ideología", el lenguaje como vehículo de expresión y divulgación de la ideología, es un elemento esencial en las ideas de Geertz²⁸.

La principal afirmación del artículo de Geertz es que "el término ideología ha sido así mismo ideologizado"²⁹. Como resultado de ésto, en su forma actual, el concepto ha dejado de ser útil como herramienta de análisis. Geertz comienza por rescatar el concepto de ideología, viéndolo como esencial para los científicos sociales. El comienza por perfilar las dos escuelas dominantes de análisis de la ideología: "interest theory" y "strain theory". Mientras que las dos difieren en substancia, ambas comparten el mismo defecto fatal. Ambas comienzan con la determinación social de la ideología e inmediatamente siguen a sus consecuencias, dejando de lado el funcionamiento de la ideología, o "cómo... las ideologías transfieren sentimiento al significado y por lo tanto lo hacen socialmente asequible"³⁰. Utilizando la definición de la disciplina histórica tal y como la enunciamos al comenzar, la crítica de Geertz puede

ser vista como una acusación a la falta de concentración en el proceso.

Para Geertz, el correctivo es reenfocarse en el proceso incorporando las teorías de la "acción simbólica" en el marco de referencia del estudio de la ideología³¹. La acción simbólica es definida por Geertz como "cualquier acto u objeto físico, social o cultural que sirve como vehículo para un concepto"³². Claramente, la acción simbólica no necesita tomar necesariamente una forma escrita. Sin embargo, es principalmente a través de conceptos literarios, tales como "metáforas, analogías, ironías, ambigüedades, retruécanos, paradojas, hipérboles, ritmos" que la acción simbólica funciona y, por lo tanto, la ideología³³.

Para Geertz, el más relevante de los conceptos literarios, al menos al que le dedica más atención, es la metáfora. La discusión de ésta es la que mejor ilustra la utilización potencial de las ideas en el funcionamiento de la ideología para el campo general de la historia. Es por lo tanto importante examinarla en detalle.

La metáfora, según Geertz, se caracteriza por "una estratificación del significado, en el que la incongruencia del sentido en un nivel produce un flujo de significado en otro nivel"³⁴. En su nivel más elemental, la metáfora es una comparación implícita de dos objetos que normalmente no están asociados. Por lo tanto, usando el ejemplo de Geertz, la impugnación del "Taft-Hartley Act" como "una ley esclavista" no fue parte de un argumento racional que propusiera que los trabajadores norteamericanos se convirtieran en esclavos sino que, por el contrario, buscaba generar ira contra la injusticia de esta Acta. En su sentido estricto, una metáfora es inherentemente errónea.

28 Clifford Geertz, *The Interpretation of Cultures*, New York: Basic Books, 1973, pág. 196.

29 Geertz, *The Interpretation*, pág. 193.

30 Geertz, *The Interpretation*, pág. 207.

31 - Geertz, *The Interpretation*, pág. 208.

32 Geertz, *The Interpretation*, nota de pie No.19.

33 Geertz, *The Interpretation*, pág. 209.

34 Geertz, *The Interpretation*, pág. 210.

Más aún, su efectividad está atada a que sea errónea o, más acertadamente, incongruente. Si en lugar del "trabajo esclavo" se denominara al Acta como una "ley del trabajo duro", el objetivo de generar ira no hubiera podido ser realizado.

Para los científicos sociales, particularmente historiadores, el aspecto más relevante de la metáfora, tal y como la presenta Geertz, es que su éxito depende de su habilidad para resonar en los corazones y mentes de la audiencia. La metáfora está enraizada en el contexto social en el que es creada y su efectividad está al menos parcialmente determinada por el grado en que refleja la experiencia de esa sociedad. Esto explica por qué la metáfora no puede ser fácilmente traducida. Según Geertz, "no es que la verdad varíe con los contextos sociales, psicológicos y culturales, sino que lo que cambia son los símbolos que construimos en nuestros desiguales esfuerzos por asirla"³⁵. El estudio de la metáfora en su acción simbólica debe, por lo tanto, referirlo a uno a su contexto social. Así como para Pocock el lenguaje es referencial e interrelacionado con el contexto social, la acción simbólica está para Geertz enraizada en la cultura de la cual proviene.

Geertz, al centrar su atención en la acción simbólica referenciada y enraizada culturalmente, se aleja del dominio privado y privilegia el público. Coherente con esto es el punto de vista de Geertz del "pensamiento humano como algo público y no, al menos en sus fundamentos, como una actividad privada"³⁶. Argumentando de esta manera, Geertz sigue la afirmación de Skinner con relación a que nosotros "clasificamos lo desconocido con base de lo conocido"³⁷. Al respecto, afirma Geertz, que "cada percepción consciente es... un acto de reconocimiento, un emparejamiento en el

cual un objeto (o evento, acción o emoción) es identificado al colocarlo contra el fondo de un símbolo apropiado"³⁸. Las metáforas y otros dispositivos lingüísticos funcionan dentro de sistemas simbólicos para identificar lo desconocido e infamiliar con base a lo conocido y familiar. Los sistemas culturales son, por lo tanto, programas detallados de acción diseñados para organizar, y por ello definir, elementos de la experiencia social. Una ideología, dice Geertz, es una forma de sistema cultural, formalmente articulada, que se desarrolla "en el punto a partir del cual un sistema político comienza a liberarse del inmediato dominio de la tradición, y de, por una parte, la guía directa y detallada de la religión o de los cánones filosóficos y, por otra, de los irreflexivos preceptos de la moral convencional"³⁹. Una ideología, en la medida en que está basada en sistemas simbólicos, está enraizada en el contexto social pero, si tiene éxito, es capaz de movilizar cambios fundamentales en esa sociedad. La ideología provee un medio para entender situaciones que de otra forma son incomprendibles para el sistema cultural tradicional. De manera significativa, ella es construida conscientemente de manera que incite a la acción directa y, de allí que de cuenta de la intensidad con la que son sostenidas y utilizadas para actuar.

El punto más débil de la argumentación de Geertz está en su definición de la ideología como un tipo específico de sistema simbólico. Mientras que las razones para dar gran importancia a la ideología en tiempos de revuelta social o política son suficientemente claras, no se sigue de allí que este es el único momento en que las ideologías son importantes. Aún más, no es evidente que las ideologías se centren únicamente en el cambio. Es igualmente con-

35 Geertz, *The Interpretation*, pág. 212.

36 Geertz, *The Interpretation*, pág. 214.

37 Ver nota No.7 en este texto.

38 Geertz, *The Interpretation*, pág. 215.

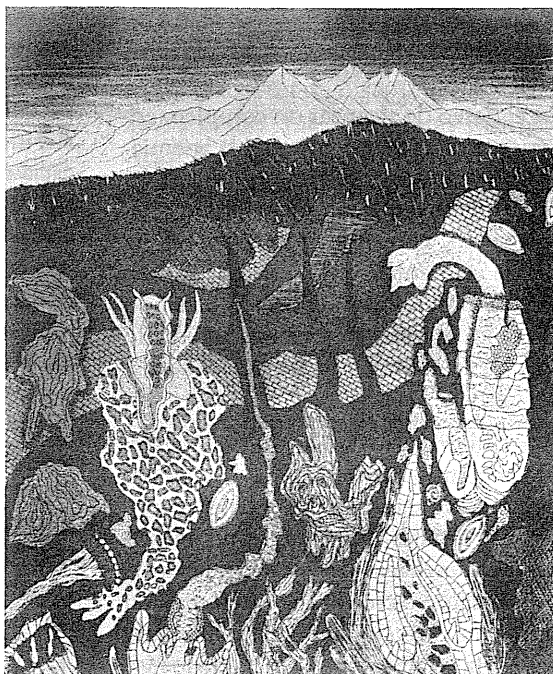
39 Geertz, *The Interpretation*, pág. 209.

cebible que una ideología sea utilizada para mantener el status-quo.

Geertz contribuye en gran manera al proveer un método para estudiar el funcionamiento de la ideología, pero falla en lograr una adecuada definición. Es precisamente cuando intenta esto que se debilita su contribución. Esto es claramente evidente en la sección final de su ensayo, en la que él afirma que la actividad ideológica y la científica son dos tareas totalmente diferentes. El problema con esta caracterización se hace mucho más clara a través del examen que de la ideología hace Hayden White. Este es mucho más convincente, y de hecho más coherente con la argumentación de Geertz que el mismo Geertz, pues White argumenta el carácter necesariamente ideológico del discurso científico. Porque, como escribe White, "un discurso puede no aparecer como científico, en el proceso de su propia elaboración, si no substituye un específico signo del sistema (el código de la ciencia) por su referente (naturaleza, átomo, génesis, entre otros) que es el manifiesto objeto de representación y análisis"⁴⁰. Es apreciando la ideología en este sentido, "como un proceso en el cual diferentes clases de significados son producidos y reproducidos mediante el establecimiento de una visión del mundo", que nosotros logramos un concepto no evaluativo de ideología⁴¹. Un acercamiento ideológico no debe ser contrastado con un acercamiento "racional", "objetivo" o "científico". Por el contrario, la ideología es un elemento esen-

cial de todo discurso, pues provee un medio para organizar y dar sentido a un conjunto de ideas, proposiciones y concepciones.

Con la incorporación de la definición ampliada de ideología que hace White, el



Peter Pongratz. "Grabado al gran mural de Salzburgo" (1976)
Tomado de "Lo fantástico y lo grotesco en el actual arte gráfico austriaco".

término Historia Intelectual comienza a perder algo de su validez y la tentativa de conceptualización quedaría mejor denominada como Historia de las Ideologías. Este asunto es desarrollado en los escritos de Benjamin Nelson, en los que el término Historia Cultural aparece como el más idóneo. Nelson argumenta en forma análoga a Geertz al estar en favor de la integración de símbolos en el intento por entender el proceso social. Sin embargo, Nelson llena algunos de los vacíos dejados por Geertz mediante el uso

40 Dominick La Capra and Steven Kaplan, eds., *Modern European Intellectual History: Reappraisals and New Perspectives*, Ithaca: Cornell University Press, 1982, pág. 288.

41 La Capra y Kaplan, *Modern European*, pág. 288.

de modelos desarrollados por diferentes científicos sociales y él mismo.

La primera línea del ensayo de Nelson, "Cultural Cues and Directive Systems" (Señales culturales y sistemas direccionales), proclama que "las culturas piden ser entendidas como diseños simbólicos—dramáticos, defensivos, directivos y económicos complejos de sistemas"⁴². La génesis del ensayo es el deseo de alcanzar un completo entendimiento de la alienación y de la anemia. Con este fin, argumenta Nelson, que es necesario primero ver la cultura como un diseño dramático, concepto que deriva de la noción de elemento pentavalente (pentad), presentada por Kenneth Burke⁴³. Usando este modelo, el proceso social es estudiado a través de la interacción de acto, escena, agente, agencia y causa.

Otro útil modelo delineado por Nelson es el de la cultura como sistema direccional elaborado sobre seis clases de señales (cues). Todas estas señales dirigen a los miembros de una cultura hacia tipos particulares de comportamiento o creencia⁴⁴. La efectividad de un sistema direccional puede ser logrado a través de la relativa consistencia de los varios tipos de señales. regresando al modelo dramático, Nelson argumenta que "es claro que si un actor es capaz de funcionar en relación con señales, ellas tienen que tener un grado de consistencia." La anomia, la alienación y otros "predicamentos de la sociedad contemporánea", pueden entonces ser rastreados a partir de la inconsistencia de las señales (cues) culturales, así como también su inestabilidad o incongruencia a partir de la experiencia individual⁴⁵.

Los modelos de Nelson aparecen algunas veces como muy puros para los propósitos de los historiadores. Sin embargo, si

son apreciados como lo que son —modelos, no enunciados definitivos, pueden ser utilizados de manera fructífera. El antropólogo Victor Turner argumenta en favor de la utilización de construcciones teóricas como estas. Las teorías, afirma, "se hacen relevantes sólo si y cuando iluminan la realidad social. Aún más, tendemos a encontrar con frecuencia que no es el sistema completo de un teórico lo que en realidad ilumina sino sus ideas dispersas, sus fogonazos de perspicacia tomados sistemáticamente del contexto y aplicados a los dispersos datos"⁴⁶. En forma similar, Geertz escribe de sus intentos de "mantener el análisis de las formas simbólicas tan férreamente atadas como sea posible para concretar los eventos sociales y las ocasiones, el mundo público de la vida común..."⁴⁷. Las teorías y los modelos, tales como los propuestos por Nelson, son herramientas históricas útiles, pero sólo cuando ellos son vistas como ayudas organizacionales y analíticas y no como verdades o significados predeterminados del proceso social en cuestión.

El propósito de este escrito ha sido el de examinar reelaboraciones recientes de la Historia Intelectual, en particular aquellas que iluminan el potencial de este campo para ayudar nuestro entendimiento de la sociedad como un todo. Tal vez la conclusión más clara a la que se puede llegar luego de esta revisión es lo inadecuado del término Historia Intelectual. han sido sugeridas diversas alternativas: Historia del Discurso, Historia de la Ideología e Historia de la Cultura. Con todo, escoger una denominación, así sea evocativa de la propia aproximación, no es el asunto crucial. Lo que ofrecen las diferentes posibilidades examinadas es la posibilidad de trascender

42 Benjamín Nelson, *On the Road to Modernity*, Totowa, N.J.:Rowan and Littlefield, 1981, pág. 17.

43 Nelson, *On the Road*, págs. 21-22. Ver, también, Victor Turner, *Drama Fields and Methafors*, Ithaca: Cornell University Press, 1974.

44 Nelson, *On the Road*, págs. 25-26.

45 Nelson, *On the Road*, pág. 29.

46 Turner, *Drama Fields*, pág. 23.

47 Geertz, *The Interpretation*, pág. 30.

la aislada y estática Historia Intelectual. El elemento común a todos los expertos citados es la creencia, explícita o implícita, de que las ideas y las ideologías juegan un importante papel orientador y creativo en todas las sociedades. La tarea del historiador que hace Historia Intelectual, o como quiera que se le denomine, es la de examinar el proceso en el que las ideas se forman y se transmiten a diversos grupos sociales. El conocimiento que puede ser reunido del estudio de los intelectuales como un sector social aislado es necesariamente limitado. Estas limitaciones no son únicas a los intelectuales como grupo. Lo mismo puede aplicarse a estudios de todos los grupos sociales, trabajadores, campesinos o servidores civiles. Es en la interacción de estos diferentes grupos, y en la dinámica involucrada por este proceso, que pueden ser encontradas las claves de la historia humana.

Con el fin de evaluar estas claves, el historiador debe estar dispuesto para servirse de los métodos y previsiones de las otras disciplinas académicas. Como afirma Roger Chartier, "la Historia Intelectual debe, por lo tanto, salir de su ghetto, dorado o no, para tomar parte en la discusión común y en el cuestionamiento de las distinciones en las cuales su análisis se funda... a la luz de las dudas que sobre estas distinciones crean las ciencias sociales vecinas"⁴⁸. Siguiendo el ejemplo de los expertos examinados en este escrito, y utilizando esas ideas y aproximaciones, las cuales aparecen como las que mejor explican este particular objeto histórico, los practicantes de alguna de las formas de la Historia Intelectual pueden ayudarnos a acercarnos al inalcanzable objetivo de iluminar totalmente el proceso social.



48 La Capra y Kaplan, *Modern European*, pág. 42.